

F I N A L I S T A

BAM
LETRAS

2 M I L I 6

LA MUERTE DE *DARLING*



Valeria Cerezo

F&G
editores

Lecturas de cuarentena

Lecturas de cuarentena

El valor ciego de las letras, Valeria Cerezo

© Valeria Cerezo

El cuento “El valor ciego de las letras” forma parte de la colección de cuentos *La muerte de Darling* de Valeria Cerezo, libro finalista en el certamen BAM Letras 2016.

<http://www.fygeditores.com/FGBC9789929552401.htm>



F&G Editores

31 avenida “C” 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2292 3792 – (502) 5406 0909

informacion@fygeditores.com

www.fygeditores.com

EL VALOR CIEGO DE LAS LETRAS

Después de un largo trayecto, dificultoso y frío, el viejo Nautilo alcanzó la puerta de la librería. Había caminado por las rancias calles que la ciudad había abandonado desde hacía muchos años y que ahora estaban anegadas por la lluvia. Se le habían mojado las botas de cuero. Estaba llegando al extremo de su paciencia.

—¡Estafadores! —exclamó iracundo, al tiempo que las campanillas de la puerta tintineaban nerviosamente— ¡Farsantes!

Algunos clientes volvieron la vista hacia el viejo, haciéndose gestos de consternación entre ellos.

Uno de los dependientes, un jovenzuelo de anteojos redondos, se apresuró al encuentro de Nautilo, pidiéndole que moderara el volumen de su vozarrón.

—Caballero... ¿qué sucede? —rogó el dependiente, guiándolo a un pasillo desolado.

—Pasa que los libros que ustedes venden solo se pueden leer una vez... ¡una sola vez! ¿Sabe cuánto pagué por este libro? ¿Sabe cuánto es mi pensión? ¡Y solo se puede leer una sola

vez! No sé qué estafa se traen entre manos... –lo increpó el viejo, bufando.

—No entiendo, caballero... pero con gusto le ayudo a resolver su problema –dijo el muchacho, echándole una mirada de disculpa a los otros clientes que comenzaban a disimular sus risas, ya pasado el primer susto por la violenta irrupción del viejo.

Nautilo logró contener un poco su ira, dejándose guiar por el muchacho hacia la oficina de servicio al cliente. Llamó al gerente por el intercomunicador. En ese momento entró un nuevo cliente a la librería. Al viejo las campanillas le parecieron demasiado alegres... como si un cliente enojado fuera motivo de celebración. Estas nuevas generaciones no tenían respeto por nada. ¡Por nada! Tuvo que esperar algunos minutos. Observó detenidamente a sus alrededores. Todo era nuevo y vanguardista: las computadoras, las estanterías, los objetos... hasta los libros y sus títulos. Todo le parecía una falta de respeto a la literatura. Un título rezaba *Quince maneras de hacerse rico*; otro, *Diez mantras para sobrevivir al desamor*. Había otro que le llamó la atención en lo alto de la estantería: *Tres simples pasos para conectarse con su yo interior*. El que estaba sobre el escritorio, decía: *Convertirse en Entrepeneur en 15 días*. Y a su lado: *Manual eficiente del librero: un simple paso al éxito editorial en tiempos modernos*. Y al fondo, una pila polvorienta de títulos excelsos en ediciones de bolsillo. Nautilo negó con la cabeza... era un insulto. ¡Odiaba los tiempos modernos! Era tiempo de tretas y no de letras –ya lo comprobaba su libro–, de dar cada vez menos pasos para el éxito... nada de convicciones, de ética, de es-

fuerzo... y menos de excelencia y de lectura real, obviamente. No comprendía los avances de la tecnología; sin duda era consecuencia de eso lo que le había pasado a su libro. ¡Era un abuso! Además, aprovecharse de su ignorancia...

La puerta de vidrio se abrió despacio y entró un hombre chaparro, de unos treinta y tantos años, de rostro lechoso y una frente abombada que crecía, brillante, hacia una incipiente calvicie. Tenía los dientes demasiado blancos y una boca casi femenina. Traía puestos unos ostentosos anteojos de carey. Sonreía.

—Caballero... buenas tardes... soy el gerente. Me dicen que tiene un problema con el libro que adquirió en nuestra librería. Cuénteme, ¿cuál es el problema? ¿Está mal compaginado? ¿Mal encuadernado? ¿Tiene problemas de humedad? —indagó, todavía ostentando su sonrisa de aeromoza.

Nautilo sacó de la bolsa de papel que llevaba en la mano un hermoso ejemplar, encuadernado en piel de cabritillo, aparentemente en excelentes condiciones. El gerente hizo obvia su sorpresa.

—Pero señor, este es un ejemplar de colección... ¡Inmejorable! ¡No puedo imaginar cuál es el problema! —exclamó, tomando el libro, al mismo tiempo que acariciaba la tapa con cierto primor y se sentaba en su carísima silla ejecutiva de cuero.

El viejo se inclinó hacia el escritorio. Entrecerró los ojos.

—Sucedé, muchacho —le dijo, señalándolo con el índice—, que los libros que ustedes venden como “joyas” solo se pueden leer una vez.

¡Una sola vez! ¡Y pagué mucho por este ejemplar!
¿Qué clase de treta de mal gusto es esta?

El gerente abrió el libro y, para su sorpresa, estaba en blanco.

—Pero... este libro está en blanco... —balbució consternado, quitándose los anteojos, como si estos fueran el impedimento para ver el texto. Efectivamente, el libro estaba en blanco—. Pero, ¡está en blanco! —reiteró—, debe ser un error. Entonces, caballero... no pudo usted haber leído este ejemplar... ni una sola vez, porque, por si no se fijó bien, está en blanco —terminó, regocijándose de haber descubierto que el viejo mentía: nunca había leído el libro. De manera que no era cierto que solo se pudiera leer una vez. El problema era que nunca se había impreso. Se trataba de un error de origen. El caballero que tenía enfrente sin duda estaba senil.

—¿Me está llamando mentiroso? —preguntó el viejo, sintiendo el temblor de la ira en su huesudo cuerpo.

—¡Jamás! ¡No me atrevería! —mintió el gerente, conteniendo una sonrisa que no quería ser condescendiente—. Nunca me atrevería a insultar a un cliente, y mucho menos a un caballero como usted. Sin duda fue un error de la imprenta. Pero vamos a corregirlo de inmediato.

—¡Que no! ¡Que sus libros no funcionan!— exclamó Nautilo—. No me vea como a un viejo loco... ¡lo leí!, y cuando quise volver a leerlo, el texto había desaparecido.

—Abuelo... eso es imposible —dijo el hombre con cierta dulzura irónica, poniendo el libro a un lado. Y agregó complaciente—: Con gusto se lo reemplazaremos.

Pidió por el intercomunicador otro ejemplar, al tiempo que le alargaba un tazón de cristal con caramelos de dulce de leche. El viejo declinó las golosinas, exasperado.

Llegó el nuevo ejemplar. El gerente lo abrió, constatando que todas las letras estaban en su lugar. Hojeó el libro, no tanto para comprobar que el texto estaba allí sino para abanicarse porque hacía un poco de calor. Cuando terminó de hacer parpadear el papel, dijo que todo estaba en orden.

—¿Ah, sí? Ya va a ver... —le espetó el viejo, arrebatándole el libro de las manos.

El gerente prendió un cigarrillo y volteó su silla hacia la ventana; en último caso, este tiempo libre no le venía nada mal. Nautilo comenzó a leer, tomándose su tiempo a propósito para fastidiar al librero. Efectivamente, cada palabra que Nautilo iba leyendo, desaparecía. Cuando pasó de la página diez, lanzó el libro sobre la mesa, satisfecho.

El gerente lo tomó y pasó las hojas despreocupadamente: todo parecía normal... Nautilo se lo arrancó de las manos y, colocándolo frente a él, señaló con un dedo enfático las primeras diez páginas: las primeras diez páginas aparecían en blanco. Por un instante el librero se quedó desconcertado (no era posible que este ejemplar tuviera también el mismo problema) y, comenzando a enojarse, le pidió al viejo que leyera el primer párrafo de la página cuarenta y cinco, pero no antes de que él comprobara que todo estaba debidamente en su lugar. Ya corroborada la existencia del texto impreso en la página cuarenta y cinco y después de que el viejo hubo terminado la lectura, fue él quien le arrebató el

libro, comenzando a perder la paciencia: las palabras habían desaparecido. ¡Todas las palabras del primer párrafo habían desaparecido! Sintió una cascada de vacío en el pecho: ¡Era imposible! ¡Simplemente era imposible! Se puso y se quitó los anteojos varias veces: el párrafo no estaba ahí. Había desaparecido. Punto. Atacado de un inesperado frenesí, leyó la primera oración de la página ochenta y dos; la releyó dos veces más, pero no pasó nada: las palabras siguieron en su lugar, sin haber perdido ni un tono de su tinta. Retó a Nautilo a que hiciera lo mismo; que ahora lo leyera él. Le pasó el libro y, después de que hubo leído el viejo, la primera oración de la página ochenta y dos había desaparecido. El gerente se rascó la barbilla, intrigado y molesto.

—Se me ocurre algo... —dijo echándose hacia atrás—, recuerde lo que leyó, en lugar de leerlo...

Nautilo cerró los ojos y repitió lo que recordaba del párrafo. Siempre había tenido buena memoria. El gerente vio con asombro que las palabras iban regresando al espacio en blanco; sin embargo, carecían del orden original y ahora no tenían sentido alguno. Miró con desconfianza al viejo y le dijo:

—Lo siento caballero... el problema no es nuestro; el problema es suyo. El problema es usted. Usted es quien desaparece las palabras, el que arruina los libros. Así que no me venga con historias: va a tener que pagar también por este ejemplar.

El cuento “El valor ciego de las letras” forma parte de la colección de cuentos *La muerte de Darling* de Valeria Cerezo, libro finalista en el certamen BAM Letras 2016.

Si desea leer el libro completo, lo puede pedir a domicilio:

Artemis Libros, WhatsApp: +502 4259-9714

De Museo, WhatsApp: +502 5513-6060

Fondo de Cultura Económica: 5017-3130

Piedrasanta: 5966-1372

Sophos, WhatsApp: +502 5690-7214

#YoLeoEnCasa